



I La Conferencia de Madrid

Adivina quién viene esta noche

Las imaginarias desventuras de los intérpretes en la cena ofrecida por el Rey de España a Bush y Gorbachov

MONCHO ALPUENTE

Iba a ser una cena sencilla, casi frugal, para cuatro comensales desprovistos de esos singulares tics religioso-dietéticos que estaban siendo la pesadilla de los cocineros de la Conferencia de Paz. Bush y Gorbachov no mostrarían ningún interés por conocer los detalles rituales del sacrificio de los animales que iban a ser consumidos en la mesa, no pondrían objeciones a un jamón de cerdo ibérico y se enfrentarían al vino de la tierra sin remilgos.

Una flotilla de *limousines* blindadas depositó al presidente Bush ante la escalinata del palacio de la Zarzuela con gran despliegue de guardaespaldas armados. En el segundo peldaño esperaba su anfitrión, el rey de España.

Cuando el segundo invitado llegó unos segundos más tarde a las puertas de la Zarzuela, no había nadie para recibirle, contagiados por el vértigo de la comitiva americana y sus dinámicos guardias de *corps*, los anfitriones habían entrado en el palacio olvidándose del presidente Gorbachov. Mijaíl Gorbachov está acostumbrándose últimamente a que le sucedan este tipo de cosas, de ahí su insistencia en recordar continuamente en las conferencias de prensa, sin que nadie se lo pida, que sigue siendo el presidente de la Unión Soviética o de lo que va quedando de ella.

Austeridad soviética

Gorbachov se fortalece en la paciencia y en la resignación, y Raisa le sigue como una esposa comprensiva y consciente de sus limitaciones, que ha sustituido sus criticados hábitos consumistas y despilfarradores por la propensión a la frugalidad y al ahorro, actitud más acorde con la situación de penuria económica de su país. Esta vez, en lugar de modelos de alta costura y lencería de lujo, Raisa, en su visita a Toledo, adquirió una humilde hucha de barro en forma de cerdito, y a punto estuvo de regatear en el precio. Por la noche, Raisa se fue a cenar al centro de Madrid con la reina Sofía.

En consonancia con tales medidas de austeridad, el presidente Gorbachov llegó a la Zarzuela compartiendo un solo guardaespaldas, que realiza también la función de abrecoches.

Enmendando el despiste, el rey de España recibió a sus invitados cuando estaban a punto de traspasar los umbrales del palacio. Gorbachov también se está acostumbrando a ser últimamente el convidado de cartón piedra de las reuniones en la cumbre, actor invitado, protagonista consorte contratado para darle la réplica al irrefutable mandatario estadounidense.

Mijaíl Gorbachov ha aprendido a controlar su voracidad en la mesa. El fantasma del hambre que se ceba en su país convoca las miradas de todos sobre su comportamiento con el tenedor en la mano. El presidente soviético suele dejar algo en el plato para evitar que sus anfitriones le humillen diciéndole que repita



sin protocolos de lo que más le guste, o sirviéndole doble ración de ensalada.

La cena de la Zarzuela no se presta a excesos pantagruélicos, nadie quiere turbar el descanso nocturno de tan relevantes personajes con dantescas pesadillas producidas por una mala digestión. A la mesa se sientan el rey de España y el emperador de Washington, el presidente interino de la Unión Soviética y el del Gobierno español. Cuatro personajes en busca del entendimiento y de la paz universales con ciertos problemas de índole lingüística para entenderse entre ellos. En esta cena, los intérpretes superan ampliamente a los invitados. Los traductores no cenar, observan por encima del hombro los manejos de los comensales, atentos a sus menores comentarios.

El menú se abre con una sencilla crema de espárragos trigueros; el intérprete de ruso, previsor, ha traducido el menú con anterioridad, solventando la dificultad que entraña el término *trigueros* al traducirlo por *verdes*, y el intérprete de inglés se ha inventado por su cuenta la crema de espárragos trigueros, pero

Bush no parece apreciar la falacia que denuncia la coloración verdosa del guiso.

Gorbachov vive una vez más la sensación de sentirse marginado también a causa del idioma, sus palabras resuenan siempre con el eco doble de la traducción al inglés y al español. Felipe no sufre tanto por la misma causa y pone cara de entenderlo todo cuando Busch efectúa un comentario intrascendente y aprobatorio sobre los rizos de lenguado al cava con guarnición de hortalizas al vapor.

Babélica confusión

El presidente soviético se vale de la mímica para indicarle al camarero que cese en su aprovisionamiento de hortalizas. Los intérpretes empiezan a sudar cuando la conversación se generaliza, y en los oídos de los comensales se entremezclan fragmentos inconexos, frases truncadas en babélica confusión:

"Las perspectivas internacionales del espárrago en la Conferencia de Madrid son, a juicio de la delegación israelí, irrelevantes, pero muy sabrosas".

"La suave climatología del otoño madrileño facilita la migración de los lenguados en la franja de Cisjordania".

"Los territorios ocupados por Israel en Washington están pendientes de la resolución correspondiente de la ONU sobre la denominación de origen de los vinos de Rioja".

Los intérpretes han llegado a un acuerdo, la *bavaroise* de moka y nata que se sirve de postre se llamará *bavaroise* en ruso, inglés y español; la ponencia del traductor de inglés, Mr. Marshall, que proponía la acepción de *crema bávara*, ha sido desestimada. Al menos ellos, los intérpretes, han conseguido llegar a un acuerdo. Los comensales, por su parte, han renunciado a toda clase de declaraciones trascendentes, y temerosos de una incorrecta traducción, sonríen, entrecruzan comentarios banales y brindan por la paz mundial y por la comprensión universal.

Al traductor de ruso le hubiera gustado introducir un brindis a la salud del doctor Zamenhof, lingüista polaco que soñó con una lengua universal para enmendar la confusa plana de Babel; pero no recuerda ninguna palabra en

esperanto. Al traductor de ruso le vienen a la memoria otras palabras aún más extrañas: "Mené, Mené, teqel, ufarsin", aquellas que una mano misteriosa escribió en los muros del palacio del rey Baltasar a los postres de su bíblico y babilónico festín.

Sentencia de Jehová

El profeta Daniel, patrón de los intérpretes jurados, tradujo entonces: "Mené, ha contado Dios tu reino y le ha puesto fin; teqel, has sido pesado en la balanza y hallado falto de peso; ufarsin, ha sido roto tu reino y dado a los medos y a los persas".

Si una mano ultraterrena escribiera tales consignas, piensa el intérprete ruso, en los muros de la Zarzuela, él, sin dudar, traduciría a Gorbachov uzbekos y azeríes por medos y persas. Para Bush serían demócratas; para González, populares, y para el rey Juan Carlos, republicanos. Sólo Shamir, que cena en otra parte su comida *kosher*, comprendería el alcance de la admonición divina, la apocalíptica sentencia de Jehová, su belicoso Señor de las Batallas.